

CRUELDAD DE LA NECESIDAD – NECESIDAD DE LA CRUELDAD

UN 'ACCIDENTE' EN LA TRANSFERENCIA

Alberto Loschi

Al pensar en crueldad lo primero que acude a la mente son sus manifestaciones atroces: genocidios, torturas, violaciones. En ellas aparece con claridad un agente sádico de la acción. De allí toma la palabra cruel su significado, que es: “complacerse en el sufrimiento de otro”; “sangriento”; “violento”. De tal suerte habría una sinonimia entre sadismo y crueldad.

Pero el lenguaje común hace extensivo el uso de esta última palabra a otras situaciones en las que sería forzado incluir una intención sádica. Así se habla de la crueldad del amor, cuando el objeto del mismo nos abandona. Y, en forma aún más despersonalizada, de la cruel realidad, cuando ésta hace evidente que no nos tiene en cuenta en sus designios. Parecería entonces que la palabra cruel, al designar todo acontecer –sádico o no- que hiere profundamente nuestra ilusión narcisista, difiere en parte de sádico.

Sin embargo, una reflexión más atenta nos hace caer en la cuenta de que hablar de la crueldad de lo real, de un destino cruel, etc. conlleva personificar la realidad o el destino, como si estos tuvieran la intención de lastimarnos y se justificase entonces, luego de este rodeo, hacer equivaler crueldad y sadismo.

Desde el yo, narcisista, se adjudica a toda acción que lo hiera un designio dirigido a él. Es como si para el yo resultase más tolerable concebir la existencia de otro regodeándose con su padecer que acatar 'la cruel realidad' de un desamparo más absoluto. Claro que al decir así nuevamente adjudicamos crueldad a 'la nada' del desamparo. Y es que 'la nada' del desamparo está poblada de objetos crueles. De estos podemos decir lo que se dice de las brujas: "no existen, pero que las hay, las hay". O, dicho de otra manera, tales objetos son imaginarios, pero la crueldad del desamparo es real.

Indaguemos pues en la cualidad cruel del 'desamparo'.

La cruel necesidad

El mentís más enérgico al narcisismo del yo no es quizás la muerte, entendida en su sentido biológico, sino aquello que, de un modo aún poco esclarecido, llamamos necesidad.

Decimos poco esclarecido, porque no se ha cuestionado o indagado bastante en lo que mentamos como 'necesidad biológica' y, como si este concepto fuera transparente, lo consideramos claro, negando el enigma que encierra.

El ejemplo paradigmático de necesidad es el hambre. Pero -para seguir con esta metáfora biológica- es sabido que si dejamos de comer a los pocos días desaparece el hambre, en tanto 'la necesidad', en forma muda, como una boca fantasmática va consumiendo nuestra carne. De tal suerte, el hambre es la cara visible de la necesidad, que, por su cara oculta, es pulsión de muerte. 'La necesidad biológica' es bi-lógica.

Al desatender este carácter complejo, bifacético y enigmático de la necesidad y hacerla equivaler, reducirla, al concepto hambre, se crea la ilusión de que 'yo' puedo conocer 'mi' necesidad, ya que conozco mi hambre. Se deja de lado que 'hambre' es sólo una manifestación -a punto estamos de decir una interpretación- de la necesidad. De la necesidad sólo podemos tener 'interpretaciones', y las mismas son, sin excepción, deseos.

Ahora bien, el deseo no es la necesidad; el deseo la cubre con su imagen. La ilusión de conocer mi necesidad, es el deseo. Es la ilusión de que en mí también están las llaves que abren las puertas a la necesidad cuando, si bien la enigmática necesidad está en mí, sus llaves están en otro.

Hasta acá se puede pensar que entonces bastaría con acudir a ese otro para que con sus llaves acceda a nuestra necesidad. Pero ésta es más compleja.

Como no se trata sólo de que desconozco mi necesidad sino que, además, la misma se cubre con la imagen de deseo, cuando el otro abre las puertas a la necesidad lastima la imagen narcisista de deseo y suscita el efecto de ser el que crea la necesidad o el que la despierta de su letargo. Y como, por una de sus caras, la necesidad es pulsión de muerte, ese 'despertar' es perturbador y cruel. Resulta ilustrativa la imagen que se describe del que está a punto de ahogarse en el mar: cuando el bañero acude en su ayuda, en ocasiones tiene que desmayarlo de un golpe para poder salvarlo ya que en caso contrario, 'la cruel necesidad', en sus 'deseos de salvarse', maniobra de tal manera que puede hacer ahogar a los dos.

Desde el punto de vista del deseo, el primer otro no es el que satisface la necesidad sino el que 'la crea'. En este punto la crueldad, inherente a la

necesidad, se extiende también al otro que la despierta. Es el intruso que me ataca y daña. Desde esta perspectiva se puede entender la afirmación de Freud acerca de que el odio antecede al amor en su relación con el objeto. Es también en ese sentido que la necesidad es el más enérgico mentís al narcisismo del yo.

Resulta de interés comparar aquí dos formulaciones de Freud que, con un lenguaje diferente, comparten la misma estructura.

La primera es de "Interpretación de los sueños", allí dice: "La excitación impuesta por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad... el niño hambriento llorará o pataleará..." (el destacado es nuestro).

La segunda es de "El problema económico del masoquismo", cuando, hablando de "la pulsión de muerte actuante en el interior del organismo" dice que una parte de ella, "con la ayuda del aparato muscular", es desviada hacia fuera, dirigiéndola sobre los objetos del mundo exterior, "recibe entonces el nombre de pulsión de destrucción" (el destacado es nuestro).

Si sustituimos tensión de necesidad por pulsión de muerte y llanto y pataleo por pulsión de destrucción, encontramos equivalencia entre ambas fórmulas.

La utilidad de superponerlas reside en que lo que no dice una está dicho por la otra. Al decir 'pulsión de destrucción' no está explícito lo que se dice con 'llanto y pataleo', que incluye, como 'función secundaria de comunicación', un llamado al otro. Y, al decir 'llanto y pataleo', no resulta evidente que ese llamado al otro es también 'pulsión de destrucción'. Mezclando un poco ambas fórmulas se puede decir que la pulsión de destrucción incluye un llamado al otro.

Si a ese llamado no hay respuesta, la pulsión cruel vuelve sobre sus pasos configurando el sadismo del superyó primitivo (que dará lugar al masoquismo o al sadismo secundario). La crueldad del superyó ocupa así el lugar de las inconsistencias objetales. En ese sentido 'el desamparo' está poblado de objetos crueles.

Repitamos la misma operación con la primer parte de las fórmulas. Al decir 'pulsión de muerte' no se desprende que de ese modo se hable de 'necesidad', que trae asociada la idea de una asistencia ajena. Y, al decir 'necesidad', no es explícito 'pulsión de muerte', que es muda. Mezclando otra vez ambas fórmulas puede agregarse que la necesidad es muda. O, dicho de otro modo, la necesidad como tal sólo existe desde un otro.

La necesidad de la crueldad

Estos objetos crueles que habitan 'la necesidad' quedan ocultos por las pantallas y espejismos narcisistas, el mundo de imágenes del cumplimiento de deseos o las inhibiciones y síntomas de las neurosis, que actúan como una barrera que protege de la intrusión del otro, el que despierta la necesidad.

Cuando el análisis va levantando esas defensas narcisistas del yo se da lugar a la necesidad, y con ella, a la emergencia de estos objetos crueles; 'los muertos' que no han sido escuchados y que, ahora, reclaman con crueldad ser oídos; "la necesidad tiene cara de hereje".

Este momento -doloroso y cruel- de la transferencia está poblado de espectros. No se trata ya de síntomas transferenciales sino de espectros actuales. Son, al decir de Freud, los demonios del Averno, que no pueden ser enviados de vuelta una vez convocados.

Mientras en la transferencia el analista espeja la imagen de deseo no es aún el otro de la necesidad; actúa, en palabras de Aristóteles, como un mathein

(saber) y el paciente espera recibir 'eso' que el analista detenta, que le daría consistencia a la ilusión narcisista. Cuando esa imagen fracasa, el analista pasa a ser un pathein, ya no un saber sino un padecer. Dice Freud que en ese momento el paciente se desinteresa de nuestras intelecciones y sufre 'del' analista. Ahora es el otro de la necesidad, diferente al otro del deseo. Esos son los momentos crudos de la transferencia. Los que, como dice Freud al comienzo de su artículo sobre el amor de transferencia, plantean las mayores dificultades al analista.

Un ejemplo clínico

Nunca un ejemplo clínico se ajusta estrictamente a un modelo teórico. La realidad de la clínica tiene muchas más dimensiones que la teoría y ésta, a su vez, es una abstracción de numerosas experiencias. Pero viene a mi memoria el recuerdo de un caso clínico, presentado hace ya muchos años en relación a otras cuestiones ("El análisis de la contratransferencia en el curso de un proceso terapéutico". A. Loschi. 1983), que me pareció apropiado volver a usarlo para el tema que nos ocupa.

Paula era una mujer joven al momento de comenzar su análisis, tenía 22 años y el motivo que la llevó a consultar era dificultades con el estudio y para formar pareja. Según sus palabras nunca podía 'asimilar' lo que estudiaba y 'con los chicos...nada', 'algunos están bien...pero...después no pasa nada'.

Un primer período de sesiones estuvo dominado por el silencio. Paula se recostaba y permanecía muda. El silencio era denso y despertaba en mí una particular molestia. Me incomodaba sostenerlo; sentía que se reproducía lo que Paula había comentado que le pasaba con 'los chicos'. Yo era un objeto tabú, peligroso que la paralizaba. A su vez, la parálisis volvía sobre mí en la incomodidad que experimentaba. Ese particular silencio me inducía a hablarle en forma suave, cuidadosa, como si estuviera manipulando un objeto precioso y frágil. 'Tenía que hablarle como si no tuviera dientes, como si la acariciase con la lengua'. Esa curiosa ocurrencia, que me apareció en un momento, la encontré muy apropiada. Al mantener Paula la boca cerrada me dejaba sin dientes. El tema de los dientes -de 'mostrar los dientes'; de 'quedar sin dientes'; de 'usar los dientes'- fue importante en este período de análisis; también la erogeneización de 'la lengua'. 'Dientes' contiene el sadismo oral y, como más

tarde se evidenció, una relación con el padre; más precisamente con el sadismo reprimido de éste (alguien manifiestamente masoquista). Por su parte 'lengua' expresa un vínculo homosexual con la madre.

Al hacer participar 'dientes' y 'lengua' fue modificándose el clima masturbatorio que dominaba el primer período de sesiones. Paula empezó a hablar más fluidamente y en mí se diluyó la vivencia de poder 'romperla' con mis palabras. Por ese entonces le señalé que "estaba pudiendo 'asimilarme' más y que ahora estábamos en condiciones de comprender cuál era su dificultad de 'asimilar' en el estudio". Como tantas veces ocurre, la dificultad en el estudio, que había sido uno de los motivos de consulta, nunca más volvió a ser mencionada después de la primera entrevista. No así sus dificultades con 'los chicos', que era un tema recurrente.

Para ese entonces había desaparecido un síntoma transferencial: el silencio, pero sólo para dar lugar a otro. El nuevo síntoma en la transferencia fue el llanto. Ahora Paula hablaba...y lloraba, lloraba...y hablaba. Al principio me sentí conmovido, pero enseguida resultó evidente que el llanto ocupaba el lugar de 'una satisfacción sexual sustitutiva'. Con esta idea en mente esperé el

momento oportuno para interpretarle que “ahora que estaba usando más los dientes, la excitaba tanto hablar conmigo que se le mojaban los ojos”. No lo incluí en el momento, pero hubiera resultado apropiado, que el llanto también borraba una escena traumática, como la lagrima que sirve para expulsar un cuerpo extraño que lastima el ojo.

Fue un tiempo después, cuando ya estaba saliendo con un compañero de estudios, que aconteció un suceso en el análisis que marcó un cambio. Hasta entonces el clima en la transferencia, con sus más y sus menos, con sus dificultades había sido predominantemente amable, pero en el episodio que enseguida detallaremos sufrió un giro brusco.

Como otras veces Paula estaba hablando de su noviazgo. Hacía un tiempo que salía con ese compañero y me llamaba la atención que no apareciera el tema de las relaciones sexuales. Fue en esas circunstancias que cometí un desliz técnico de consecuencias importantes. Es útil tener en cuenta las palabras significativas que aparecen borradas del vocabulario del paciente. Recuerdo una mujer en que esa palabra tabú era ‘muerte’, usaba todos los eufemismos posibles con tal de evitarla. En el caso de Paula también había una palabra

tabú o por lo menos funcionó así en el episodio que estamos relatando. En esa oportunidad, sin que Paula la hubiese pronunciado, usé en mi intervención la palabra 'coger'. El resultado fue catastrófico. Paula pegó un brinco y se levantó del diván; mirándome con ojos desorbitados, encendida de furia me espetó que esa palabra era lo último que esperaba escuchar de mí, que mi imagen se había caído a pedacitos, que ya no era nadie ni me podía escuchar más. Estaba absolutamente desencajada y presta a retirarse del consultorio. Tal reacción sorpresiva me congeló la sangre, un hormiguelo recorrió todo mi cuerpo. Anonadado y percibiendo la interrupción inminente de la sesión, y tal vez del análisis, atiné a una reacción extrema. La miré fijamente, procurando que no se notara en mi mirada el efecto de sus palabras y le dije en tono firme "Esto que ha ocurrido es absolutamente importante (hice una breve pausa y agregué), pero no es ahora el momento de hablar de ello. Vamos a dejar acá y hablaremos mañana de lo que pasó". Interrumpí la sesión y le di una hora para el día siguiente (en el que no tenía sesión). Tal reacción respondía tal vez a la impresión, vívida en ese momento, de que cualquier intento de retenerla hubiera empeorado las cosas. Señalándole la importancia de analizar lo ocurrido opté por ser yo el que interrumpía la sesión, lo que me daba la

oportunidad de ofrecerle otra en un día que habitualmente no tenía. Intuí que si era ella la que se iba movida por ese impulso iba a ser más improbable que retornase.

Quedé muy perturbado hasta la sesión del día siguiente. Temía que no volviera; deploraba que el tratamiento pudiera abortar. Me reprochaba haber sido yo el que interrumpiera la sesión... ¿y si hubiese intentado retenerla? Los sucesos ulteriores me reconciliaron con la intervención. Paula llegó a la sesión del día siguiente diez minutos tarde. Esos diez minutos fueron una eternidad y sentí un gran alivio al oír el timbre. En ese momento cobré conciencia de que más o menos diez minutos había sido lo que duró la sesión anterior hasta la interrupción; que Paula llegara a esta sesión extra diez minutos tarde lo interpreté como un signo de que era la misma sesión que continuaba. Me estimuló pensar que sostenía de ese modo el status del encuadre más allá de su perturbación manifiesta. En el lapso transcurrido entre tocar el timbre y subir al consultorio, este indicio me hizo considerar que Paula venía a analizar lo ocurrido.

Entró alterada, había en su actitud una mezcla de desconfianza y enojo, pero ya de una cualidad diferente a la furia del día anterior. Se sentó en el diván y permaneció en silencio. Percibí vergüenza en su mirada. Entonces le dije que me pareció absolutamente importante (repetí las mismas palabras del día anterior) que la palabra coger (ahora la pronuncié con plena conciencia y ex profeso) hubiera provocado lo que provocó. Dije que haberla pronunciado fue equivalente a una escena de violación. Allí empezó a hablar. Manifestó que exactamente eso fue lo que sintió, una sensación horrible (se puso a llorar). Comentó que mi imagen se le desdibujó totalmente, que era otra persona, que no quería estar más 'allí'. Le señalé que había usado 'allí' por 'aquí', como aludiendo a otro lugar y otra persona. Sugerí que tuviera que ver con una violación o alguna experiencia semejante ocurrida en su historia. Respondió que no, que había sido 'aquí', que nunca se había sentido así. Comenté que esa primera vez era como una suerte de debut sexual. Relacionamos luego el episodio con que hasta ahora no hubiera podido tener relaciones sexuales con su novio. Manifestó que no tenía necesidad de 'eso'. Le indiqué que nuevamente aludía a 'eso' en lugar de decir coger y la respuesta fue una sonrisa de

aceptación y vergüenza. Allí sentí que la violencia había cedido; y el análisis pudo continuar.

Más profundamente, la violencia que hace presente la palabra coger es la de un fantasma de castración. El ataque violento de odio (en la mujer la castración se manifiesta más como odio que como angustia) que suscita la escena fantasmática se abre camino en la actuación, que incluye, además, como en todo ataque histérico, una múltiple identificación con los protagonistas de la escena. En la misma, aparece ella ultrajada sádicamente por mí (es la identificación con la madre desnuda y castrada), a la vez, 'se erecta' y escupe palabras violentas (identificación con la madre-falo, que castra cruelmente), además se va y 'es echada' (identificación con lo abortado, representado alternativa y simultáneamente por ella y por mí).

El tocar este fantasma despierta la crueldad de esos objetos, manifiestos en el estallido violento. La crueldad de la escena transferencial espeja la del fantasma de castración y aparece en lugar del intenso dolor que subyace.

Al desvanecerse el espejismo idealizado de la imagen afloran los demonios que cuidan las puertas de la necesidad.

Cuando Paula dice 'no tengo necesidad de eso' podemos considerar el no como sucedáneo intelectual de la represión; la idea intolerable -de la que tiene necesidad- puede aparecer en la conciencia a condición de anteponerle el no.

A diferencia del análisis de los síntomas transferenciales anteriores -el silencio y el llanto-, se trata en este episodio de la presencia de un fantasma; el mismo que sostiene la inhibición sexual y los síntomas por los que había acudido a la consulta como también los que se presentaron en la transferencia.

Este fantasma cruel 'busca' un otro que le ofrezca 'el pecho' y pueda sobrevivir al ataque, como hace el pecho de la madre con la cruel necesidad del bebé. Podemos construir que en la historia de Paula, el masoquismo del padre no pudo dar respuesta a 'ese llamado'.

La cruel necesidad es la manifestación de esos objetos espectrales. La necesidad de la crueldad corresponde a las vicisitudes del análisis de la transferencia que da lugar a los mismos. A esta invocación sigue el darles forma con nuestras interpretaciones y construcciones.

La crueldad necesaria de la actualización transferencial cabe ser distinguida del masoquismo y sadismo como cuadros clínicos, que corresponden a la actuación en la realidad de estos fantasmas. Es la misma diferencia que media entre 'el accidente' verbal de la palabra coger de nuestro ejemplo más el análisis a que dio lugar, con lo que podría haber sido un 'accidente' concreto de violación y aborto.

Bibliografía

Cesio, F. Reflexiones sobre la pornografía y la transferencia

La Peste de Tebas N 28 - 2003

Chiozza, L.(coord) Una idea de la lágrima CIMP 1969

Califano, C.

Korovsky, E.

Malfé, R.

Turjanski, D.

Wainer, G.

Freud, S. Observaciones sobre el amor de transferencia O.C. T XII

“ *Interpretación de los sueños O.C. T V*

“ *El problema económico del masoquismo O.C. T XIX*

Loschi, A. El deseo y la necesidad CIPEA. 1989

“ *Análisis de la contratransferencia en el decurso de un
proceso*

terapéutico CIPEA 1983